

# *Compitiendo en españolidad. El nacionalismo español de la intelectualidad catalana del Ochocientos\**

**Borja Vilallonga**

Universidad Autónoma de Barcelona

Fecha de aceptación definitiva: 16 de septiembre de 2011

**Resumen:** Durante los decenios centrales del Ochocientos existió en España una intensa pugna por el liderazgo intelectual del nacionalismo español contemporáneo. Existieron dos proyectos nacionales españoles que tuvieron un profundo impacto en la construcción de la nación y su nacionalismo: el proyecto castellano y el proyecto catalán. Ambos proyectos articularon una representación de la nación española en la historia para su uso en el presente. Su lucha por el liderazgo intelectual y político de España recrea el ser de España en la historia mediante la demostración de una mejor y superior españolidad que validara y justificara su victoria frente al otro.

**Palabras clave:** Nacionalismo, España, Cataluña, Ochocientos, Historiografía.

**Abstract:** During the central decades of the 19<sup>th</sup> century existed in Spain a strong competition for the intellectual leadership of the contemporary Spanish nationalism. Two Spanish national projects had a profound impact into the nation and nationalism building: the Castillian project and the Catalan project. Both projects constructed a representation of the Spanish nation in history for its use in the present. Their fight for the intellectual and political leadership of Spain recreated *el ser de España* in history through proving better and superior spanishness to validate and justify its victory against the other.

**Key words:** Nationalism, Spain, Catalonia, Nineteen Century, Historiography.

\* Este trabajo ha sido realizado gracias al disfrute de un contrato del programa de Formación de Profesorado Universitario (FPU) del Ministerio de Educación, asociado a la Universidad Autónoma de Barcelona, bajo la dirección del Prof. Dr. Ricardo García Cárcel. Igualmente, hemos contado con el apoyo de los proyectos HAR2008-06048-C03-03 y 2009SGR0329, ambos dirigidos por el Dr. José Luis Betrán, de la Universidad Autónoma de Barcelona.

Durante los decenios centrales del Ochocientos existió en España una intensa pugna por el liderazgo intelectual —y no tan intelectual— del nacionalismo español contemporáneo. Existieron, especialmente en los tiempos isabelinos de este Ochocientos, varios proyectos para la articulación de una representación de la nación española. Dicha representación mostró una voluntad manifiesta de ser en la historia, construir allí a la nación, y luego devolverla a su presente, vertebrando así su uso en lo social, político o cultural. Los proyectos en abierta competencia por liderar la idea de España en el siglo XIX se valieron ampliamente de la historia para crear y recrear su idiosincrasia y su visión de cómo debía de ser la nación española y su consiguiente nacionalismo. Existieron dos proyectos nacionales españoles que tuvieron un profundo impacto en la construcción de la nación y su nacionalismo: el proyecto castellano y el proyecto catalán.

La competencia regional para liderar la idea de España en el Ochocientos supuso una fuerte oposición de visiones de lo que era y debía ser lo español. Y, por descontado, cuál era el centro neurálgico de las esencias patrias. Cataluña y Castilla, mejor dicho, sus respectivas élites intelectuales, compitieron abiertamente por España, por la visión particular que ambas tenían de ella. A pesar de la importancia que tuvo pensar el modelo político español, el gran caballo de batalla fue lo simbólico; así, la historia patria fue el campo de batalla preferido de sendos proyectos nacionales españoles, dónde dirimieron sus diferencias y desarrollaron plenamente su idea del ser de España. La historiografía española ha vivido en los últimos años un creciente interés por comprender cómo se construyó la nación y el nacionalismo español desde las regiones y sus regionalismos<sup>1</sup>. Sin embargo, los proyectos de los intelectuales castellanos y catalanes fueron más allá de un regionalismo españolista: se trataba de decidir cuál de las dos regiones era el centro esencial de España. Así pues, la construcción de la historia ofrecía argumentos y

<sup>1</sup> Como ejemplo, se pueden consignar las recientes aportaciones de ARCHILÉS, Ferran: «Hacer región es hacer patria. La región en el imaginario de la nación española de la Restauración», *Ayer*, 64 (2006), pp. 121-147; y «¿Experiencias de nación? Nacionalización e identidades en la España restauracionista (1898-c.1920)», en J. Moreno Luzón (ed.), *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, pp. 127-151; de BERAMENDI, Justo: «Algunos aspectos del *nation-building* español en la Galicia del siglo XIX», en J. Moreno Luzón (ed.), *Construir España. Nacionalismo...*, *op. cit.*, pp. 25-57; NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M.: «The Region as Essence of the Fatherland: Regionalist Variants of Spanish Nationalism (1840-1936)», *European History Quarterly*, 31 (4) (2001), pp. 483-518; y «La questione nazionale in Spagna: note sul recente dibattito storiografico», *Mondo Contemporaneo. Rivista di Storia*, 2 (2007), pp. 105-127; MOLINA APARICIO, Fernando: *La tierra del martirio español. El País Vasco y España en el siglo del nacionalismo*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2006. Una mención destacada merece toda la obra colectiva dirigida por Carlos Forcadell y M. Cruz Romeo, con aportaciones muy destacadas de Ferran Archilés, Juan José Carreras, Àngel Duarte, Mariano Esteban de Vega, Manuel Martí, Xosé M. Núñez Seixas, Ignacio Peiró y los mismos Carlos Forcadell y M. Cruz Romeo, en FORCADELL, Carlos y ROMEO, M. Cruz (ed.): *Provincia y nación. Los territorios del liberalismo*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2006.

devenía la mejor representación de la nación deseada en el presente a partir de *la* región preeminente del ser de España.

Cataluña fue en el siglo XIX un bastión avanzado de españolismo, en abierta y clara competencia con Castilla por liderar España y ser, en realidad, quién formase la idea de España<sup>2</sup>. Los intelectuales catalanes jugaron un papel determinante durante el régimen isabelino en una concienzuda y aplicada labor de construcción de un proyecto nacional español muy bien definido y con una sólida representación de la nación basada en las esencias históricas de ésta. Dicha labor fue ejecutada por los intelectuales catalanes tradicionalmente agrupados dentro de la categoría de la *Renaixença*. El término *Renaixença* es el todo y es la nada conceptual que ha servido para explicar y justificar las grandes dinámicas culturales, políticas y sociales de los catalanes en los decenios centrales del Ochocientos. *Renaixença* y romanticismo se asimilan y se fusionan en una sola noción que sirve de despertar cultural y nacional catalán en pleno régimen isabelino. Así, no solamente se borra la identidad del primer romanticismo catalán<sup>3</sup>, sino que se falsea a toda una generación de intelectuales catalanes, se recrea una homogeneidad catalanista y se proyecta hacia un teleologismo nacionalista novecentista e incluso presentista<sup>4</sup>.

No se puede separar a la intelectualidad romántica catalana del tronco común español por su sentir regionalista, provincialista o particularista. En realidad, estos calificativos, aún utilizados por los mismos intelectuales catalanes del período, sólo son una expresión de su proyecto nacional español construido desde la región para toda la nación<sup>5</sup>. Representaban, además, su visión de una España fundamentada en lo particular, frente a lo uniforme, o sea, frente a lo castellano. No obstante, eso no impidió que hubiera una superación del marco del proyecto nacional español. Es por ello que se deben diferenciar muy claramente las dos etapas del romanticismo catalán. La primera etapa fue la del romanticismo catalán propiamente dicho, diferenciado del marco general y cronológico del romanticismo español. Durante

<sup>2</sup> GARCÍA CÁRCCEL, Ricardo: *La herencia del pasado. Las memorias históricas de España*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011, p. 320.

<sup>3</sup> Dicho primer romanticismo ha sido muy bien definido por VICENS VIVES, Jaume y LLORENS, Montserrat: *Industrials i polítics*, Barcelona, Vicens Vives, 1991, pp. 193-200; y FRADERA, Josep M.: *La pàtria dels catalans. Història, política, cultura*, Barcelona, La Magrana, 2009, p. 113.

<sup>4</sup> Véase un ejemplo de este ejercicio en HINA, Horst: *Castilla y Cataluña en el debate cultural. 1714-1939*, Barcelona, Península, 1986; y PI DE CABANYES, Oriol: *Apunts d'història de la Renaixença*, Barcelona, Edicions del Mall, 1984. En otro nivel se situaría ANGUERA, Pere: *Els precedents del catalanisme. Catalanitat i anticentralisme: 1808-1868*, Barcelona, Empúries, 2000.

<sup>5</sup> En este sentido se comprende, como afirma Xosé M. Núñez Seixas, que no exista una correlación en la secuencia provincialismo-regionalismo-nacionalismo catalán, NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M.: «Provincia, región y nación en la España contemporánea: una (re)interpretación global en perspectiva comparativa», en C. Forcadell y M. C. Romeo (ed.), *Provincia y nación. Los territorios del liberalismo*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2006, pp. 297-298.

este primer romanticismo aparecieron las grandes escuelas intelectuales catalanas, que se proyectaron con mucha fuerza en la segunda etapa del romanticismo catalán<sup>6</sup>. Dicha segunda etapa se inició simbólicamente con los Jocs Florals de 1859 y fue lo que en sí se puede llamar la *Renaixença*. Este segundo romanticismo tuvo una idiosincrasia mucho más regional catalana que el primero, en la línea del «doble patriotismo» formulado por Josep M. Fradera<sup>7</sup>. Con todo, esta idiosincrasia regionalizada no supuso ningún cambio en las líneas maestras del proyecto nacional de los catalanes para España: la lealtad nacional española se mantuvo intacta, a pesar del peso creciente de la identidad regional catalana.

Sin embargo, dicha lealtad catalana se edificó lentamente en un sustrato ideológico cultural distinto al de sus inicios románticos. Según Fradera, la intelectualidad catalana se fue desplazando desde una cultura liberal española hacia un característico moderantismo catalán que encabezó el giro conservador de la cultura liberal española<sup>8</sup>. El impacto del proyecto catalán para España se puede observar claramente en este punto. Su centralidad, transversalidad y eclecticismo fueron un modelo para el resto de élites intelectuales del período isabelino. La composición de los miembros de la *Renaixença* es la mejor prueba de ello: de Pau Piferrer a Víctor Gebhardt; o sea, de un desengañado liberal radical a un católico conservador fluctuando entre isabelismo y carlismo. O del liberal Lluís Cutchet al apologeta católico José M. Quadrado; o, como ejemplo supremo del ecléctico romanticismo catalán, el liberal progresista Ferran Patxot, cuyo discurso histórico católico español haría palidecer al mismo Bossuet.

La idea del giro conservador de las élites sociales y culturales catalanas —con su influencia decisiva en las élites españolas— tiene su origen en dos moderantismos: el liberal por un lado y el católico por otro, con una fuerte factura tradicional. Según Fradera, el historicismo romántico catalán fue una de las causas principales de tal giro<sup>9</sup>. Su impacto en el resto de España fue de suma importancia para com-

<sup>6</sup> Esta vanguardia cultural forjada en los decenios de 1830, 1840 y 1850 fundó grupos intelectuales como la Escuela Catalana de Derecho, la Escuela Catalana Literaria, la Escuela Histórica Catalana, la Escuela Apologética Catalana, la Escuela Filosófica Catalana o la Escuela Económica Catalana. Todas ellas son el reflejo de la inmensa fuerza y vitalidad de la intelectualidad catalana y la solidez de su proyecto nacional español, al que todas las escuelas contribuyeron con ahínco. Nutrieron a lo largo del territorio nacional una cultura nacional compleja y ambivalente, en principio, de hipotética raíz y adscripción liberal.

<sup>7</sup> FRADERA, Josep M.: *Cultura nacional en una sociedad dividida. Cataluña, 1838-1868*, Madrid, Marcial Pons, 2003, p. 47.

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 123. A ello se opone moderadamente Stéphane Michonneau con su noción de *liberalprovincialismo*, sin obstar el vínculo de este *liberalprovincialismo* con un proyecto español, españolista. Véase MICHONNEAU, Stéphane: «Gerona, baluarte de España. La conmemoración de los sitios de Gerona en los siglos XIX y XX», *Historia y política*, 11 (2005), pp. 201-203; y *Barcelone. Mémoire et identité, 1830-1930*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2007, pp. 19-20, 31-33 y 83-84.

<sup>9</sup> FRADERA, Josep M.: *La pàtria dels...*, *op. cit.*, p. 114.

prender el camino que emprendió la historiografía liberal española y su discurso histórico, íntimamente ligado a un pensamiento nacional español. A un lado quedarían las tesis que defenderían un *sonderweg* catalán, es decir, el establecimiento de una relación de causa-efecto entre los discursos particularistas y provincialistas de las élites isabelinas catalanas con una posterior ruptura y creación de un pensamiento nacional catalán, catalanista<sup>10</sup>.

No obstante, la ruptura catalanista acabó llegando en los tiempos finiseculares decimonónicos. La misma *Renaixença* se fue transformando a partir del Sexenio y de la Restauración alfonsina. Fue desarrollando una lenta y muy parcial transición catalanista. A pesar de operarse dicha transición, ni siquiera en aquellos decenios de 1880 y 1890 hubo una clara ruptura catalanista con el liderazgo del proyecto nacional de España. Lo que podía haber sido un cambio de proyecto, un cambio de estrategia para competir en españolidad, se tornó en los postreros años del Ochocientos en una abrupta ruptura con dicho liderazgo del nacionalismo español, del pensamiento nacional español y de un modelo político nacional. Sin embargo, en los decenios centrales del siglo XIX el carácter provincialista o particularista catalán, con sus ambivalencias identitarias, seguía profundamente ligado al españolismo, al pensamiento nacional español y a la competición por liderar la idea de España en el presente y en la historia<sup>11</sup>. Y si Cataluña conquistaba a la historia nacional, conquistaba a España entera.

Los intelectuales catalanes del Ochocientos disponían de un vasto elenco de hechos históricos sobre los que construir una representación nacional española acorde con su espíritu de liderazgo de la españolidad en su lucha contra el proyecto castellano de España. Uno de los temas históricos preferidos de la intelectualidad

<sup>10</sup> MARFANY, Joan-Lluís: *La cultura del catalanisme. El nacionalisme català en els seus inicis*, Barcelona, Empúries, 1995, p. 194 y FRADERA, Josep M.: *Cultura nacional en...*, *op. cit.*, pp. 29 y 35 se han opuesto a dicha tesis defendida por los ya citados HINA, Horst: *Castilla y Cataluña...*, *op. cit.*, pp. 102-107 y PI DE CABANYES, Oriol: *Apunts d'història de...*, *op. cit.*, pp. 12-15. Pero incluso entre los historiadores nacionalistas catalanes no existe la unidad interpretativa de Hina y Pi de Cabanyes al valorar al catalanismo de los intelectuales catalanes del período isabelino. El caso de Joan CORTADA y su obra *Cataluña y los catalanes* de 1860, Albert BALCELLS lo considera un ejemplo de «prenacionalismo catalán» (citado en GHANIME, Albert: *Joan Cortada: Catalunya i els catalans al segle XIX*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1995, 135), mientras que Magí Sunyer lo considera «[...] un punt de partida tan poc favorable a la singularització de signes identificatius catalans [...]», porque subyace en él una «mentalidad españolista», SUNYER, Magí: *Els mites nacionals catalans*, Vic, Eumo, 2006, pp. 16-17.

<sup>11</sup> Tanto Enric Ucelay-Da Cal como Borja de Riquer han reconocido la importancia de lo catalán en la formación del nacionalismo español. Véase RIQUER, Borja de y UCELAY-DA CAL, Enric: «An Analysis of Nationalisms in Spain: A Proposal for an Integrated Historical Model», en J. Beramendi, R. Máiz y X. M. Núñez Seixas (ed.), *Europe. Past and Present. Actas do Congreso Internacional «Os Nacionalismos en Europa. Pasado e Presente»*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 1994, vol. II, pp. 275-301 UCELAY-DA CAL, Enric: «El catalanismo ante Castilla o el antagonista ignorado», en A. Morales Moya y M. Esteban de Vega (eds.), *¿Alma de España? Castilla en las interpretaciones del pasado español*, Madrid, Marcial Pons, 2005, p. 226.

catalana y del que se servían sistemáticamente en su oposición al proyecto castellano fue el de la Guerra de la Independencia. Era el hecho histórico que más encajaba con su discurso histórico; además, en él se ensamblaba presente y pasado, cuestiones pretéritas y actuales, lo cual permitía tener una panorámica privilegiada del ser de España en el tiempo y el espacio. ¿Se trataba acaso de la *distinctio* catalana de la historia de España? ¿O se trataba de *otra* historia de España, la que pugnaba con aquella historia castellana del centro? La *canónica* historiografía liberal española siempre tuvo en alta estima la Guerra de la Independencia. No se trataba, pues, de una *distinctio* catalana. Al contrario, si lo *canónico*, si lo que la presente historiografía española puede considerar *canónico* tiene razón de ser es fruto de los aportes fundamentales de ambos proyectos en aquella competición catalano-castellana por España. Intelectuales catalanes y castellanos participaban de un mismo discurso, pero el peso del ser de España se colocaba en distinto lugar según unos y otros. Es, por ello, sumamente importante presentar a uno de los intelectuales catalanes insignia de aquel proyecto nacional español. Consideraba Víctor Balaguer sobre Cataluña y la Guerra de la Independencia:

A los gritos de libertad, patria é independencia, no podía ni debía permanecer sordo el pueblo catalan, cuyos oídos estaban desde muy antiguo acostumbrados á estas voces por el alentado ejemplo de sus mayores. Desde la caída de Barcelona en 1714, entre cuyas ruinas habían quedado enterradas las franquicias populares, el pueblo catalan, como sucede al hombre que acaba de ser víctima de una gran catástrofe, parecía haber perdido hasta el recuerdo de su dignidad y de su grandeza. [...] Pero lo que entonces sucedía en torno suyo era para despertar no de un letargo, sino hasta de un sueño de muerte al pueblo mas olvidado de sus glorias y mas desconfiado de sí mismo. Los pechos humanos, como las montañas, tienen briosos ecos para ciertos gritos. Cataluña se alzó terrible invocando sus altos soberanos recuerdos de gloria para contestar dignamente al grito lanzado por el pueblo del 2 de mayo, olvidándose generosa de que eran los señores de aquel pueblo quienes la habían esclavizado y no pensando sino en que eran hermanos suyos aquellos que arbolaban entonces la bandera de la independencia.

Por primera vez, despues de tantos siglos, iba Cataluña á formar causa comun con Castilla, pero era sin embargo la bandera de la libertad aquella bajo la cual iban á militar unidos entrambos pueblos<sup>12</sup>.

Dos pueblos, Cataluña y Castilla; una nación, España. Pero son los pueblos los sujetos principales del relato de Balaguer. El intelectual catalán transforma a la historia en una abierta competición entre Cataluña y Castilla, pueblos rectores de la nación que quieren liderar: ambos deben demostrar quién es el mejor, el más español. El marco nacional se mantiene intacto, mas dentro de este marco cambian

<sup>12</sup> BALAGUER, VÍCTOR: *Historia de Cataluña y de la corona de Aragon*, v, Barcelona, Librería de Salvador Manero, 1863, pp. 447-448.

todas las *acostumbradas* correlaciones de las representaciones nacionales que hoy la historia nacional española tiene por nacionales: «Manresa, la Covadonga catalana, la que primero se había armado para un día arrojar del país á los moros invasores, había de ser también entonces la primera en armarse y en dar la señal para arrojar del país á los invasores franceses»<sup>13</sup>. Se reivindica la españolidad *superior* de lo catalán. Lo catalán es *mejor* que lo castellano porque fue *antes*. El centinela avanzado de la nación en la historia —y en el presente de Balaguer— es Cataluña, no Castilla. Sin embargo, la intelectualidad catalana construye su proyecto nacional español negando al otro, no cantando únicamente sus excelencias e ignorando a la competencia. Lo cual lleva a creer que lo que defiende Balaguer y los intelectuales catalanes es una *distinctio* del factor regional, al que se desplaza la nación española. Todo lo contrario: la nación española no se desplaza a la región catalana, sino que lo catalán se desplaza a lo español para situarse en su corazón, en su centro, en su esencia primigenia. En suma, Balaguer sólo afirma que Castilla tiene sus horas gloriosas en la historia, como Covadonga y el Dos de Mayo, pero que Cataluña tiene las glorias de Manresa y el Bruch, que sucedieron *antes* que las glorias castellanas.

¿Lucha Cataluña contra Castilla porque se siente derrotada? La postura defensiva de Balaguer apunta en este sentido. Tan sólo falta recordar una famosa sentencia suya de 1866 que ha sido generosamente utilizada por el historiador Borja de Riquer en sus estudios: «Como si en España no hubiese más nación que Castilla»<sup>14</sup>. Cataluña compite con Castilla pero, ¿lo hace en igualdad de condiciones? Para la intelectualidad catalana existía un monopolio castellano que debía terminarse. Los catalanes se creían mejores que los castellanos: el pueblo catalán en la historia —y en el presente decimonónico— preservó la dignidad nacional en todo momento, hasta el punto de igualar o superar las fuerzas de Castilla. Era, en verdad —o así lo pensaba Cataluña—, el mejor bastión de españolidad, de nacionalidad, a despecho de Castilla. Y aquí surge *el agravio catalán*.

Sin entrar en analizar la realidad o ficción de dicho *agravio catalán*, su desarrollo y su propia retórica demuestran que se trata, ante todo, de un resorte propagandístico de la intelectualidad catalana para erosionar al proyecto nacional español de los castellanos, más allá del éxito o fracaso de este recurso empleado por los catalanes. Mariano Esteban de Vega ha negado lo que Borja de Riquer —al igual que los decimonónicos catalanes— denuncia sobre la «España única», el proyecto castellano<sup>15</sup>. Esteban de Vega aboga por la autocrítica de intelectuales castellanos como Modesto Lafuente en cuanto a la responsabilidad castellana en

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 448.

<sup>14</sup> RIQUEER, Borja de: *Escolta Espanya. La cuestión catalana en la época liberal*, Madrid, Marcial Pons, 2001, p. 13.

<sup>15</sup> *Ibidem*, pp. 13-15.



la usurpación de las libertades nacionales y, por consiguiente, en la pérdida de una esencia genuinamente española<sup>16</sup>. Con todo, Modesto Lafuente fue uno de los representantes del proyecto castellano para España, frente al proyecto catalán de la *Renaixença* y hombres como Balaguer. Frente a la España central de Lafuente, Balaguer erige la España periférica; frente a la unicidad castellana, la pluralidad catalana. Y, finalmente, el arma política final: la victoria catalana que supusiera una refundación de España, alejada de la política moderna y castellana, y que adoptara el sistema federativo de la antigua Corona de Aragón<sup>17</sup>.

Si Balaguer afirmaba la primacía catalana en el discurso histórico nacional, Lafuente defendía lo contrario. Se observa muy claramente en su valoración del Dos de Mayo: «Al ruido de aquel primer sacudimiento despertó el viejo león de Castilla, de muchos años aletargado, y su rugido resonó en todo el ámbito de la Península, y a su eco fueron respondiendo una tras otra todas las provincias de la monarquía»<sup>18</sup>. El contraste catalano-castellano es vivo y patente. Pues, ¿hasta qué punto el mentado *agravio catalán*, sin olvidar su objeto propagandístico, se asentaba sobre causas veraces? La intelectualidad catalana de los tiempos isabelinos no solamente luchaba por conquistar a la españolidad, sino que intentaba derrocar al poderío castellano sobre dicha españolidad. No era, en fin, una lucha de iguales.

No obstante, el monopolio castellano del ser de España no era impermeable e imbatible. El proyecto nacional español de los intelectuales catalanes se abrió paso en el Ochocientos, más allá de agravios históricos y presentes de dichos intelectuales. Concretamente, la idea catalana de España fracturó al centro castellano y nacionalizó a la periferia, esto es, Cataluña y los antiguos reinos aragoneses. Introdujo en el ser de España lo catalán a través de la historia y de la cultura propia de Cataluña. Castilla perdió la centralidad en la historia de España: la historiografía catalana modificó todas y cada una de las representaciones nacionales españolas. En verdad, los historiadores catalanes españolizaron más que a ningún otro a la historia de España. A pesar de que todavía persistió un discurso histórico de una España castellana —el ejemplo de Lafuente es claramente ilustrativo—, si se quería una historia *verdaderamente* española, nacionalmente pura, lo catalán debía situarse en el corazón del ser de España, al mismo nivel que lo castellano. Así, Cataluña y sus intelectuales devenían un centro productor de buena parte del

<sup>16</sup> ESTEBAN DE VEGA, Mariano: «Castilla y España en los historiadores generales de la época isabelina», en C. Forcadell y M. C. Romeo (ed.), *Provincia y nación. Los territorios del liberalismo*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2006, pp. 274 y 296.

<sup>17</sup> ESTEBAN DE VEGA, Mariano: «Castilla y España en la Historia general de Modesto Lafuente», en A. Morales Moya y M. Esteban de Vega (ed.), *¿Alma de España? Castilla en las interpretaciones del pasado español*, Madrid, Marcial Pons, 2005, p. 95.

<sup>18</sup> LAFUENTE, Modesto: *Historia General de España desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. Discurso preliminar*, Pamplona, Ugoiti, 2002, p. 128.



nacionalismo español decimonónico. Sin Cataluña no había España posible, sólo una Castilla grande<sup>19</sup>.

La preocupación catalana por nacionalizar España, por crear una idea nacional de España se desarrolló especialmente, como ya hemos dicho, en la historia. La historia fue la fijación por excelencia de la intelectualidad catalana del Ochocientos. Se podría argumentar que fue una obsesión compartida con la intelectualidad castellana e, incluso, con el resto de intelectualidades nacionales europeas. Ciertamente, así fue. Sin embargo, el peso de los catalanes en la producción historiográfica y en la construcción de representaciones nacionales con base histórica es muy notable. Barcelona fue el centro productor de historia en la España isabelina, antes de que se consumara un desplazamiento de dicho centro productor hacia Madrid<sup>20</sup>. Antes de este desplazamiento, algunos de los miembros del romanticismo catalán y de la *Renaixença* dedicaron toda su vida y su estudio intelectual a la historia de España y a la construcción de un discurso histórico nacional sólido.

Uno de los historiadores pioneros del romanticismo catalán fue Joan Cortada. Cortada fue un prolífico novelista e historiador, de larga duración, a caballo, como tantos otros, entre el primer romanticismo y la *Renaixença*. Toda su vida fue dedicada a la construcción de un discurso histórico, ya sea a partir de su propia obra, ya sea a partir de sus traducciones. Su labor de traductor de obras de historia al español es especialmente destacado, dado el impacto de dichas traducciones en la formación de un cuerpo historiográfico sólido durante el período isabelino. Su gran empresa traductora se centró en una colección francesa de historia universal de siete volúmenes dirigida por Houzé y que Antoni Brusí publicó, bajo la dirección de Cortada, entre 1840 y 1845, con el título *El Mundo. Historia de todos los pueblos*. Cortada añadió su propia aportación con la *Historia de España desde los tiempos más remotos hasta 1839* (1841-1842) y la *Historia de Portugal desde los tiempos más remotos hasta 1839* (1844). A estas producciones hispanas se deben añadir otras de igual relieve las *Lecciones de historia de España* (1845), el *Compendio de historia universal y particular de España* (1864) y, sobre todo, *Cataluña y los catalanes* (1860). A diferencia de la última, las otras dos fueron productos historiográficos para uso educativo en los institutos de segunda enseñanza, otra contribución de Cortada a su dedicada labor por la formación de españoles desde la enseñanza.

<sup>19</sup> Muy significativas son las ausencias en este discurso de la intelectualidad catalana: se ignoran todas las otras realidades periféricas susceptibles de sumarse a las quejas y agravios catalanes. En realidad, la solidaridad catalana para con otras regiones y regionalismos no castellanos es nula.

<sup>20</sup> Véase PEIRÓ, Ignacio: *Los guardianes de la historia. La historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2006, pp. 90-92; y PELLISTRANDI, Benoît: *Un discours national? La Real Academia de la Historia entre science et politique (1847-1897)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2004, pp. 195-196.

Cortada fue el prototipo de historiador liberal romántico. Adhirió los postulados de un pensamiento liberal ecléctico, que fluctuó dentro de un moderantismo, con vínculos intelectuales progresistas y una práctica moderada en el estilo de vida, regida por los principios de orden<sup>21</sup>. Su espíritu romántico le hacía elogiar con nostalgia el mundo tradicional que reencontraba en los viajes a la Mallorca de su infancia; por contra, no rechaza ninguna de las aportaciones del progreso y la modernidad liberal. Se puede trazar un fuerte paralelismo entre Cortada y Lafuente. Como el historiador castellano, Cortada siguió los modelos históricos de Bossuet y Vico. Lafuente había desarrollado y extrapolado las ideas del perfeccionamiento cristiano de Bossuet, Pascal y Vico para construir un orden providencial en el que existe la progresiva tendencia de la humanidad hacia su perfeccionamiento, eso es, una idea de progreso liberal con un contenido providencialista cristiano, que surge de las ideas genuinamente católicas de dichos autores. Albert Ghanime añade Chateaubriand, Guizot y Robertson a la lista de los referentes historiográficos de Cortada<sup>22</sup>. La mezcla de modelos consume el eclecticismo historiográfico de Cortada, al igual que su coetáneo castellano. En realidad, las vidas de Cortada y Lafuente fueron vidas paralelas: ambos recibieron una educación clerical y siguieron una carrera eclesiástica, que abandonaron para iniciar una carrera civil, marcada por unos inicios de periodismo satírico costumbrista. Truncadas sus carreras políticas, su dedicada vocación a la construcción de la historia nacional y su pleno reconocimiento por parte de la intelectualidad de la época culminan estas vidas paralelas de dos liberales románticos eclécticos y católicos.

Por supuesto, lo que diferenciaba a los dos intelectuales fue su militancia en proyectos nacionales españoles distintos. Su substrato común se resquebrajaba al construir el centro de la nación. El proyecto nacional español de Cortada se basaba en el llamado *provincialismo* de aquel romanticismo catalán con su catalanización de España y su vindicación del liderazgo de la nación. El mejor ejemplo de esta españolización de España mediante su catalanización es la obra *Cataluña y los catalanes*, publicada en artículos en el periódico *El Telégrafo* durante el 1859 y editada en forma de libro en 1860<sup>23</sup>. La obra concluye con todo un alegato que

<sup>21</sup> FRADERA, Josep M.: *Cultura nacional en...*, *op. cit.*, p. 86, insiste en que Cortada era «de orientación política francamente moderada». Sin embargo, contrasta con dicha moderación su participación activa en el periódico progresista barcelonés *El Telégrafo*. Se debería estudiar si Cortada, más allá de la política, fue tan francamente moderado.

<sup>22</sup> GHANIME, Albert: *Joan Cortada...*, *op. cit.*, p. 72. El propio Cortada reconoció que adhería a la escuela histórica francesa de Guizot (citado en FRADERA, Josep M.: *Cultura nacional en...*, *op. cit.*, pp. 119-120).

<sup>23</sup> RIQUER, Borja de: *Escolta Espanya...*, *op. cit.*, p. 89. Jaume Vicens Vives consideraba que esta obra de Cortada representó un estallido de romanticismo nacionalista, aunque dicho nacionalismo es ambiguo en el redactado de Vicens y se puede referir tanto al español como a un improbable nacionalismo catalán, ausente en el texto de Cortada (VICENS VIVES, Jaume y LLORENS, Montserrat: *Industrials i polítics...*, *op. cit.*, pp. 272-273).

incorpora las ideas básicas del proyecto catalán para nacionalizar a España y devenir su centro neurálgico, el consolidado y avanzado bastión de la nación, su esencia superior de españolidad:

[...] hará que los catalanes sean cual los demás españoles, así como los mismos medios conseguirán que un andaluz se diferencie menos de un gallego, un valenciano de un navarro, de lo que se diferencian en nuestros días. Quiera el cielo que esta obra se lleve á cabo; y entonces los nombres de los antiguos reinos que han venido á formar la nación española, le servirán tan solo para señalar los territorios, mas no para significar diferencias de mas importancia y trascendencia. Entre tanto los catalanes, como subditos de la corona de España, consideran á los demás españoles como á hermanos, y su único anhelo es ver grande y poderosa la patria comun, para lo cual nunca dejarán de contribuir con todo el esfuerzo de que son capaces. Perdóneseles el noble orgullo de querer estar á la cabeza del comercio, de la navegación y de la industria de España, que no disputan ellos á las demás provincias otras glorias que respetan y que admiran, porque en su carácter está acatar todo aquello en que hay importancia y hay grandeza. Perdóneseles que tal cual vez en verso y prosa escriban la lengua de sus padres, la que les enseñó en la cuna el cariño de la madre, la que usan para alabar á Dios y para postrarse á los pies del sacerdote. Dejadles que recuerden los días de sus glorias y de sus viajes, y sus inventos, y sus galeras, y sus escuadras, y sus conquistas, y sus palacios, y los sepulcros de sus reyes que la ignorancia ha destrozado, y sus leyes quizás torpemente abolidas, y su literatura y sus trovadores, maestros de todos los de Europa; que ensalcen su patria y lloren las desdichas que ha sufrido, y le consagren sus cantos, y por ella exhalen sus suspiros. Santo es el amor á la patria, y la patria nuestra es Cataluña<sup>24</sup>.

Cortada presenta una gran voluntad de liderazgo nacionalizador desde Cataluña. Se puede entrever una crítica a la ausencia de un proyecto nacionalmente sólido por parte de Castilla; al menos, hasta el presente de Cortada. El romántico quiere la superación de las antiguas marcas territoriales particulares — los reinos— para construir una auténtica unión nacional que sea uniformemente española desde la diversidad y el pluralismo del ser de España. La vindicación de la identidad catalana es la vindicación de una identidad española que rompa con el castellanocentrismo e incluya a los *diferentes* para que justamente dejen de serlo. Y, en suma, si España acoge a *los otros* como parte esencial de su ser, el amor a lo no castellano significará una vinculación mayor a España. Así se debe interpretar el canto final de Cortada por el amor a Cataluña: como el mayor amor patriótico que se puede entregar a la nación española<sup>25</sup>.

<sup>24</sup> CORTADA, Joan: *Cataluña y los catalanes*, S. Gervasio, Imp. de Miguel Blanxart, 1860, pp. 61-62.

<sup>25</sup> En este proyecto de (re)creación de la nación española Cortada incluía Portugal dentro de su noción de nación, lo cual lo revestía de un sentido iberismo españolista, aún alejado de posturas federalizantes, pero de fuerte arraigo pluralista, opuesto al proyecto nacional de Castilla. Véase CORTADA, Joan: *Lecciones de historia de España*, Barcelona, Impr. de Antonio Brusi, 1845, p. 15. El objetivo primordial era la erosión

La principal obsesión de Joan Cortada fue crear un inquebrantable vínculo nacional entre todas las regiones españolas. Al estrechar el sentimiento de españolidad desde un nuevo centro esencial, Cortada proyectaba la nación hacia un nuevo horizonte en el que hubiese auténticos españoles, sin más distinción que la *modalidad* de cultura española que pudieran tener fruto de su historia y patrimonio. En realidad, el mayor deseo de Cortada, como lo fue de todos los catalanes del período isabelino fue revivir el espíritu del levantamiento por la independencia nacional: patriotismo y unidad desde un genuino pluralismo en que Cataluña fue capaz de liderar la lucha; del mismo modo que tenía que ser capaz de liderar el porvenir de España y su construcción nacional, más allá del antiguo centro, pero con el centro, al que se debería vencer e incorporar a una patria común que no había sabido juzgar sabiamente.

Siguió los pasos de Joan Cortada el también romántico liberal Ferran Patxot. Doctor en Derecho por Cervera, ejerció de fiscal de la intendencia militar en Barcelona de 1835 hasta 1846. Su perfil es antagónico al de Cortada, pero como el historiador y pedagogo romántico, acabó dedicando su vida enteramente al estudio histórico y a la literatura. Como Cortada, Patxot tradujo varias historias de autores extranjeros, como la *Historia universal hasta 1848* de Louis-Pierre Anquetil (traducción de 1848) y *El Universo* de Alphonse de Lamartine y Alexander von Humboldt (traducción de 1849). Asimismo, Patxot preparó una historia general de España: los *Anales de España desde sus orígenes hasta el tiempo presente* (1857-1859). Se deberían añadir una edición, publicada en 1848, de la *Historia general de España* de Mariana y Miñana, con una ampliación del propio Patxot y *Las Glorias nacionales* (1852-1854), una colección de crónicas de Ocampo, Morales, Ayala, Sandoval y Zurita.

Patxot ha sido habitualmente presentado como un progresista de tendencia democrática y federal, fundador de un diario tan emblemático del progresismo como *El Telégrafo* en 1858, en el que, como hemos visto, también colaboró activamente Cortada. No obstante, su producción historiográfica muestra todo lo contrario. En 1854 Patxot tradujo el *Discours sur l'histoire universelle* de Bossuet, tomado normalmente por la historiografía progresista como el buque insignia de la historia reaccionaria<sup>26</sup>. No puede dejar de sorprender, si se parte desde el prejuicio de la historiografía progresista, que tres destacados historiadores españoles del Ochocientos como Lafuente, Cortada y Patxot tuvieran a Bossuet como modelo. Y todavía debe de sorprender aún más al encontrarse un progresista con tendencias

---

no sólo del *otro* proyecto, mas el fortalecimiento de un esencialismo españolista de base periférica, sin que eso supusiera un «prenacionalismo catalán» como se ha afirmado.

<sup>26</sup> Un ejemplo en ÁLVAREZ JUNCO, José: *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001, pp. 379-380.

federales como Patxot tan implicado en un discurso histórico alejado de los modelos *puros* propuestos por las categorías conceptuales de la historiografía española. Con todo, Mariano Esteban de Vega ha señalado muy convenientemente que el sistema hermenéutico y epistemológico de Patxot es profundamente tradicional y católico<sup>27</sup>. El progresismo liberal de Patxot rebosa fervor católico, hasta tal punto de que su discurso histórico queda eclipsado por éste. El eclecticismo de Patxot es mucho más acentuado que en sus coetáneos románticos, dado que no perteneció al moderantismo ni al régimen isabelino, mas a un *puro extremo* político del período.

El discurso histórico de este peculiar romántico catalán ha sido muy bien estudiado por Esteban de Vega, que ha presentado su idiosincrasia católica. En sus *Anales de España*, el historicismo bíblico de Patxot convierte a la nación en uno de los puntos clave del Génesis, pues el historiador localiza en la península ibérica el pretérito Paraíso y, por consiguiente, tanto Adán como Eva fueron los primeros españoles de la historia<sup>28</sup>. España nacía en la creación del mundo y se convertía en la mejor nación al ser un recuerdo del Paraíso perdido, cuna de la humanidad y del pueblo escogido de Dios. No hay ninguna conexión de este relato con el discurso histórico liberal, y mucho menos una corriente progresista. No hay en sus *Anales* casi ninguna referencia a una hermenéutica progresista de la historia de España.

Por contra, sí ofrece el autor una historia de España acorde con el proyecto nacional español de los catalanes. Patxot puso esmero en desplazar el punto de gravedad de la historia nacional en beneficio de una periferia, preferiblemente de la antigua Corona de Aragón. Para el historiador, los beneficiados tenían que ser unos etéreos «íberos», que habrían vertebrado a la auténtica patria española a lo largo de la historia. Preservaron la verdadera tradición nacional de las invasiones romanas y visigóticas, cuya españolidad Patxot rechaza taxativamente. La reserva esencial de la nacionalidad se habría concentrado en la periferia «íbera», de dónde habría irradiado la reconquista y el auténtico renacimiento del ser de España. A partir de aquí Patxot elabora su historia, en la que caen grandes hechos históricos, como Sagunto que se convierte en un ejemplo de colaboracionismo y traición a la patria, y aparecen nuevos eventos, como la supuesta primera corte del mundo que Túbal estableció en Tarragona<sup>29</sup>.

Para Patxot el carácter español genuinamente «íbero» estalló en la Guerra de la Independencia, el mejor epílogo de los grandes movimientos por la independencia que han protagonizado los españoles en pro de la soberanía nacional<sup>30</sup>. La

<sup>27</sup> ESTEBAN DE VEGA, Mariano: «Castilla y España...», *op. cit.*, p. 282.

<sup>28</sup> PATXOT, Ferran: *Anales de España desde sus orígenes hasta el tiempo presente*, I, Barcelona, Madrid, Librería de D. José Cuesta, Imp. de Cervantes, 1857, 2, pp. 151-159.

<sup>29</sup> *Ibidem*, 45, p. 132.

<sup>30</sup> PATXOT, Ferran: *Las Glorias Nacionales*, VI, Madrid, Librería de la Publicidad, 1854, p. 579.

soberanía nacional era en la historia el motor de la voluntad de independencia y la causa de todos los levantamientos contra los invasores históricos de España<sup>31</sup>. Para el historiador catalán la monarquía encarnaba y ejercía dicha soberanía, a pesar de que la Constitución de 1812 tuvo que restaurar su pureza original y su auténtico centro de poder federativo centrado en el municipio y la provincia. Aquí sí aparece el Patxot federal, aunque no puede dejar de denunciar la persecución de la fe de los españoles, la religión católica, esencia patria, sin que ello requiera, no obstante, de una restauración católica en su presente<sup>32</sup>. La compleja identidad de Patxot emerge, junto con su proyecto para España. Con su tendencia federal, el catalán más ecléctico del Ochocientos adopta una peculiar visión del ser de España más allá de Castilla. A pesar de que no tiene la elaboración de otros coetáneos románticos catalanes, presenta un mensaje claro: España es primordialmente lo que se encuentra en la periferia del centro castellano: no solamente *es* España, sino que *es más y mejor* España. Se reivindica un proyecto catalán para España en la historia a partir de una superioridad esencial que se quiere incontestable desde la pureza del origen, de lo «íbero».

Por su lado, Víctor Gebhardt representaba el pluralismo que existió dentro de la *Renaixença*. Licenciado en Derecho, este prolífico historiador y traductor dedicó toda su vida a la gestión de diferentes compañías ferroviarias. Asiduo colaborador de *El Correo Catalán* y redactor del *Diario de Barcelona*, Gebhardt encarna otro tipo de eclecticismo. Alrededor de Gebhardt se ha creado un debate sobre su adscripción ideológica: ¿era carlista o isabelino? Luis Fernando Toledano ha demostrado que en algunos momentos de su vida el círculo de sociabilidad de Gebhardt fue carlista<sup>33</sup>. Stéphane Michonneau lo encasilla en su *liberalprovincialismo*, en el que no encaja de ningún modo, pues su eclecticismo fue por otros derroteros<sup>34</sup>. El discurso histórico de Gebhardt no se puede encerrar dentro de una categoría conceptual artificial. Mucho mejor es la aproximación de Jordi Canal que defiende la idea de la amalgama contrarrevolucionaria: el carlismo era un centro de protesta con intereses varios y motivaciones múltiples que recogía y canalizaba en momentos de gran conmoción —como el Sexenio— una nueva militancia por el efecto del miedo. La amalgama se deshacía pasada la amenaza<sup>35</sup>. En este sentido se debe entender la militancia carlista de Gebhardt, que justamente coincide con el

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 569.

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 579.

<sup>33</sup> TOLEDANO, Luis F.: «La Guerra de la Independencia como mito fundador de la memoria y de la historia nacional española», en A. Moliner (ed.), *La Guerra de la Independencia en España (1808-1814)*, Alella, Nabla, 2007, p. 556.

<sup>34</sup> MICHONNEAU, Stéphane: «Gerona, baluarte de...», *op. cit.*, p. 199; y «La memòria dels setges de Girona als segles XIX i XX», *Revista de Girona*, 251 (2008), p. 83.

<sup>35</sup> CANAL, Jordi: *El carlismo*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, p. 121.

tumultuoso Sexenio. En el fondo, Gebhardt recuerda a otro catalán del período, Jaume Balmes, emocionalmente carlista, mas racional y militantemente isabelino<sup>36</sup>.

Víctor Gebhardt fue el mejor ejemplo del discurso histórico católico y conservador que existió durante todo el Ochocientos español, en una clara y nítida línea de continuidad a lo largo del siglo<sup>37</sup>. Participó junto con el moderantismo liberal en el movimiento romántico catalán, sin que ello le supusiera ningún problema, y sin que por ello fuese un moderado liberal. Hubo coexistencia e incluso participación activa con el proyecto catalán para España. Gebhardt quedaba unido a la *Renaixença* mediante su activismo cultural y su proyecto de conquista y nacionalización de España desde Cataluña. Con la presencia de Gebhardt dentro de la *Renaixença* se refuta la idea de que dicho movimiento fue *liberalprovincialista*. En Gebhardt se consuma una tradición: la de la hermenéutica católica de la historia que ininterrumpidamente existió desde el advenimiento de la contemporaneidad hasta, por ejemplo, el Sexenio democrático. En esta hermenéutica la Escuela Apologética Catalana y Jaume Balmes se presentan como el nexos que articuló un discurso histórico de idiosincrasia católica. Fueron también quienes pensaron de forma sistemática a la nación española desde el catolicismo. Este pensamiento nacional católico rivalizó desde la primera hora de la Guerra de la Convención con otro nacionalismo, el de origen liberal, que la historiografía progresista tradicionalmente ha considerado el único y auténtico nacionalismo posible en la España decimonónica<sup>38</sup>.

Víctor Gebhardt construyó la mayor representación nacional de la historia de España para el proyecto catalán y para el catolicismo español. Su *Historia general de España y sus Indias*, publicada entre 1864 y 1867 tuvo, según Fernando Wulff, un éxito comparable a la *Historia General* de Modesto Lafuente<sup>39</sup>. La esencia del ser de

<sup>36</sup> GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro C.: *Historia de las derechas españolas. De la Ilustración a nuestros días*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, p. 170.

<sup>37</sup> A diferencia de PELLISTRANDI, Benoît: «El papel de Castilla en la historia nacional según los historiadores del siglo XIX», en A. Morales Moya y M. Esteban de Vega (eds.), *¿Alma de España? Castilla en las interpretaciones del pasado español*, Madrid, Marcial Pons, 2005, p. 77; y ESTEBAN DE VEGA, Mariano: «Castilla y España...», *op. cit.*, p. 289, no consideramos que exista una historiografía carlista, separada del tronco historiográfico común del discurso histórico católico.

<sup>38</sup> Algunos ejemplos en ÁLVAREZ JUNCO, José: *Mater dolorosa...*, *op. cit.*, pp. 306-308, 347 y 380; BOYD, Carolyn P.: *Historia patria. Política, historia e identidad nacional en España: 1875-1975*, Barcelona, Pomares-Corredor, 2000, pp. 98-103; COLOM, Francisco y RIVERO, Ángel: «Introducción», en F. Colom y A. Rivero (eds.), *El altar y el trono. Ensayos sobre el catolicismo político iberoamericano*, Rubí, Bogotá, Anthropos & Universidad Nacional de Colombia, 2006, p. 8; GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro C.: *Historia de las...*, *op. cit.*, p. 82; LABOA, Juan M.: *La Iglesia del siglo XIX. Entre la Restauración y la Revolución*, Madrid, Universidad Pontificia Comillas, 1994, pp. 87-120 y 385-399; PELLISTRANDI, Benoît: *Un discours national...*, *op. cit.*, pp. 40-41.

<sup>39</sup> WULFF, Fernando: *Las esencias patrias. Historiografía e Historia antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX)*, Barcelona, Crítica, 2003, p. 119.



España que guía el discurso histórico del autor es, en todo momento, el trinomio de Dios, Patria y Rey. Pone Gebhardt especial énfasis en los dos primeros elementos del trinomio. Con todo, su discurso histórico en su *Historia general* conservaba un bagaje procedente de aquella historiografía liberal que había tenido un empuje tan importante en los decenios de 1830 y 1840. Ello se ve muy especialmente en el caso de la representación de la Guerra de la Independencia. Como en los otros románticos catalanes ya presentados en este estudio, Gebhardt tenía en alta estima la guerra y su significado histórico, sobre todo el hecho histórico catalán de los sitios de Gerona, a los que dedicó en 1868 un opúsculo titulado *Lo siti de Girona en l'any 1809*. Gebhardt buscaba en la guerra y los sitios la mejor manifestación de las esencias del ser de España. Y éstas aparecían no sólo en Cataluña, sino en todos los antiguos territorios de la Corona de Aragón<sup>40</sup>.

Gebhardt superó con creces el giro conservador del moderantismo catalán. Su proyecto nacional español iba más allá de una mera conquista y nacionalización de España: no sólo se trataba de construir la nación, sino también de (re)construir la religión de España. Cataluña era quién podía realizarlo, pues era «[...] paladé de la fé cristiana y de la llibertat d'Europa [...]»<sup>41</sup>, que había sabido salvar a la patria en el momento terrible de 1808. Cataluña ya no cumplía su destino en lo nacional, sino que además se entregaba a su misión evangelizadora de la nación que tenía que vertebrar. En cierto sentido, Cataluña salvaba a España, lo mismo que, siendo baluarte de la independencia de España —y de su ser— devenía baluarte de las libertades en aquella Europa tumultuosa. Y todo ello se concentraba en la epopeya gerundense de 1809, en la defensa heroica de la pequeña ciudad del Ter. Ciertamente, el opúsculo de *Lo siti de Girona* tiene el carácter laudatorio de un hecho de armas catalán.

Con todo, no se limita a ser un ejercicio laudatorio, dado que fue un encargo del Ateneu Català con un alto contenido pedagógico que conoció hasta tres ediciones. Había tanto por parte de Gebhardt como de los mecenas de la obra la voluntad de establecer el papel de Cataluña en la España pasada y presente. Ya no se trataba de liderar el comercio o la industria de España, sino que se tenía que liderar el despertar moral y religioso de la patria. Sólo podía ser responsabilidad de su mejor miembro, de aquél que había demostrado en la historia que custodiaba la mejor y superior esencia nacional del ser de España. Gebhardt materializaba el último elemento del proyecto nacional español de la intelectualidad catalana. En

<sup>40</sup> La vindicación histórica de la Corona de Aragón es permanente en Gebhardt. Véase como ejemplo GEBHARDT, VÍCTOR: *Historia general de España y de sus Indias desde los tiempos más remotos hasta nuestros días: tomada de los principales anales, crónicas e historias que acerca de los sucesos ocurridos en nuestra patria se han escrito*, VI, Madrid, Librería Española, 1863, pp. 106-110, 170-172 y 465

<sup>41</sup> GEBHARDT, VÍCTOR: *Lo siti de Girona en l'any 1809*, Barcelona, Imp. d'en Celestí Verdager, 1868, p. 8.

lo material y en lo espiritual, Cataluña estaba llamada a desempeñar una colosal misión en la España del Ochocientos, solamente comparable a su genio, riqueza, patriotismo y fe desempeñados en la historia. Los católicos conservadores del romanticismo catalán y de la *Renaixença* ofrecían el contenido y mensaje espirituales para aquel proyecto catalán de la nueva España que se había de construir, representar y liderar en todos los ámbitos de la vida nacional. Con Cataluña, la nación y la españolidad eran posibles y plenas<sup>42</sup>.

Gebhardt escribía su opúsculo sobre los sitios de Gerona en 1868, tan sólo un año después de haber culminado el mayor desafío historiográfico a la *Historia General* de Modesto Lafuente. En tan encarnizada lucha con Castilla por España, los intelectuales catalanes apelaban en la víspera de la Revolución de 1868 a una restauración moral y religiosa de España liderada por aquella mejor parte del cuerpo nacional. ¿Qué o quién había plantado la semilla de tal arrogancia catalana? ¿Cómo era posible que la intelectualidad catalana hubiera asumido un papel tan decisivo en el pasado, el presente y el futuro de la nación? Y, lo más importante, ¿cómo era posible que existiera un movimiento que uniera tan firmemente liberales y católicos para defender a ultranza el liderazgo catalán de España? Para responder a dichas cuestiones en 1868 es necesario retroceder hasta 1840 y revisar la figura de Jaume Balmes.

El sacerdote y filósofo vicense Jaume Balmes fue el sistematizador de dos movimientos y proyectos de gran importancia en el siglo XIX español: por un lado el movimiento católico español y su proyecto de restauración religiosa y conciliadora; por otro, el movimiento moderado, conservador y romántico catalán y su proyecto nacional por liderar a España. Por supuesto, no se puede atribuir a Balmes todo el mérito. Los movimientos y proyectos ya existían. Pero su figura tuvo un enorme y profundo impacto que les dio un carácter determinado. No se puede dissociar en Balmes su proyecto de restauración de la Cristiandad y su proyecto de conquista y nacionalización de España. Para el presbítero uno conllevaba lo otro. El pragmatismo balmesiano impulsaba una intensa labor de restauración en el marco nacional mediante Cataluña. Por lo tanto, lo catalán era su centro experimental que, con el tiempo, transfirió a Madrid para proseguir su labor apologética.

Fue Balmes uno de los principales responsables en encauzar el provincialismo catalán hacia un mayor objetivo. No hay en el vicense ningún atisbo de catalanismo, como se ha querido demostrar<sup>43</sup>. Él mismo lo dejó bien claro: «Tanto dista

<sup>42</sup> Si no era así, la nación española restaba *usurpada* por Castilla, UCÉLAY-DA CAL, Enric: «El catalanismo ante...», *op. cit.*, p. 231).

<sup>43</sup> Dom Hilari Raguier OSB (RAGUER, Hilari: «El catalanisme de Balmes», en A. Manent y otros, *Contribució a la història de l'Església catalana: homenatge a mossèn Joan Bonet i Baltà*, Barcelona, Abadía de Montserrat, 1983, pp. 179 y 218) ha intentado presentar a Balmes como un pensador catalanista en el siglo XIX, sin éxito, tal como constata Josep M. Fradera en su extraordinaria obra dedicada a Balmes —

de convenir a los intereses de Cataluña el aislarlos en ningún sentido, que antes bien es de la mayor importancia quitarles o disminuirles al menos ese carácter de provincialismo que llevan en la actualidad: es necesario nacionalizarlos [...]»<sup>44</sup>. Para Balmes, los intereses catalanes no podían reducirse a la región y debían conquistar España. La nacionalización del interés catalán pasaba por la conversión de dicho interés en un interés español, en la línea manifestada por Cortada.

Balmes aborrece el provincialismo. Incluso llega a considerar que se trata de una suerte de *invención*. ¿Tal vez el proyecto castellano para España probaba de estigmatizar la periferia catalana para restar su creciente influencia en España? ¿O tal vez había catalanes deseosos de encerrarse en un proyecto estrictamente catalán que obviara a lo español? Balmes es muy explícito al negar el provincialismo: «En tanto como se habla del espíritu del provincialismo en España no sé que hasta ahora hay fijado su carácter, ni aun probado su existencia»<sup>45</sup>. Balmes luchaba por neutralizar el provincialismo dentro y fuera de Cataluña, al verlo como un escollo para la nacionalización de España<sup>46</sup>. Como buen catalán de su generación, Balmes recorría generosamente a la historia para justificar y demostrar la españolidad de la periferia y la razón de ser de su liderazgo nacional.

La Guerra de la Independencia volvía a ser el escenario predilecto:

Ni en Cataluña, ni en Aragón, ni en Valencia, ni en Navarra, ni en las Provincias Vascongadas se alzó el grito en favor de los antiguos fueros. Independencia, patria, religión y rey, he aquí los nombres que se vieron escritos en todos los manifiestos, en todas las proclamas, en todo linaje de alocuciones; he aquí los nombres que se invocaron en todas partes con admirable uniformidad<sup>47</sup>.

Es notable la defensa que realiza de la otra periferia, poco usual en el discurso histórico de la intelectualidad catalana. Y es que la tarea nacionalizadora de Balmes discurre por otro sendero, pues con tal de evitar ser acusado de provincialista se modera y no osa erigir una superioridad catalana; su nacionalización consiste en diluir a las glorias castellanas e introducir sistemáticamente a las glorias de la

---

FRADERA, Josep M.: *Jaume Balmes. Els fonaments racionals d'una política catòlica*, Vic, Eumo, 1996, p. 185—. En realidad, Fradera recoge y amplía muy considerablemente lo que ya había teorizado Jaume Vicens Vives años atrás (VICENS VIVES, Jaume y LLORENS, Montserrat: *Industrials i polítics...*, *op. cit.*, pp. 265-266). En la misma línea teleológica de Raguier se pueden incluir a HINA, Horst: *Castilla y Cataluña...*, *op. cit.*, pp. 87-92 y a SARANYANA, Josep-Ignasi: «Jaime Balmes (1810-1848) y el Catolicismo Liberal», en *Espíritu. Cuadernos del Instituto Filosófico de Balmesiana*, xxxv (1986), p. 129.

<sup>44</sup> BALMES, Jaume: «Cataluña», en *Obras completas*, Barcelona, Biblioteca Balmes, 1925, XIII, p. 99.

<sup>45</sup> BALMES, Jaume: «Pensamientos sobre literatura, filosofía, política y religión», en *Obras completas*, Barcelona, Biblioteca Balmes, 1925, XIV, p. 208.

<sup>46</sup> Especialmente severas son sus reflexiones sobre el papel pasado y presente de los catalanes dentro de la monarquía. Véase BALMES, Jaume: «Cataluña», *op. cit.*, pp. 101-102.

<sup>47</sup> BALMES, Jaume: «La Monarquía y la unidad gubernativa en la sociedad española», en *Obras completas*, Barcelona, Biblioteca Balmes, 1926, xxv, p. 112.

Corona de Aragón, la periferia que tiene que liderar a la España decimonónica. Es por ello que al lado del Dos de Mayo Balmes ensalza el Bruch, Zaragoza, Tarragona y Gerona<sup>48</sup>. En el fondo, subyace en Balmes un gran miedo al *agravio catalán*, que valoraba muy negativamente.

En paralelo a su labor nacionalizadora, Balmes trabajó arduamente para recatolicizar a España. Como afirma Fradera, Balmes se preguntó por el lugar que ocupaba la religión en la sociedad de la época y cuáles eran las pautas culturales y morales que debían organizarla<sup>49</sup>. Balmes coincidía con los objetivos materiales de la burguesía isabelina, pero deseaba dotarla de una profundidad y riqueza espirituales, que el mundo moderno no podía darles para su subsistencia y mayor desarrollo:

El mundo civilizado es inteligente, rico, poderoso, pero está enfermo; le falta moral, le faltan creencias; la impiedad trabaja por establecer un funesto divorcio entre la religión y el progreso material e intelectual, divorcio que amenaza el porvenir de las sociedades modernas. El cristianismo, a más de traer a los hombres la salud eterna, salvó al mundo de una ruina completa; sólo él puede salvarle por segunda vez de los males que lo amenazan<sup>50</sup>.

Este renacimiento católico en el «mundo civilizado» tiene una estrecha relación con el liderazgo catalán de España. Una nacionalización genuinamente española irradiada desde Cataluña se debía acompañar de aquel espíritu del «catalán montañés»<sup>51</sup>, asumido, claro está, por la burguesía y las élites catalanes que emprendían el proyecto nacional español desde Cataluña. La misión catalana consistía en aunar la restauración espiritual y religiosa con el progreso industrial, para así poder nacionalizar a España desde un nuevo centro esencial de su ser. Era la apuesta balmesiana para una, si se quiere, *modernidad católica*, lejos de una sumisión liberal, consumada en tradición espiritual y progreso material, junto con una auténtica unión, conciliación y nacionalización de España<sup>52</sup>.

<sup>48</sup> BALMES, Jaume: «El protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilización europea», en *Obras completas*, Barcelona, Biblioteca Balmes, 1925, VIII, pp. 24-25; «Consideraciones políticas sobre la situación de España», en *Obras completas*, Barcelona, Biblioteca Balmes, 1925, XXIII, p. 122; y «La unión y el dos de mayo», en *Obras completas*, Barcelona, Biblioteca Balmes, 1926, XXXI, p. 20.

<sup>49</sup> FRADERA, Josep M.: *Jaume Balmes...*, *op. cit.*, p. 175.

<sup>50</sup> BALMES, Jaume: «Pío IX», en *Obras completas*, Barcelona, Biblioteca Balmes, 1926, XXXII, p. 344.

<sup>51</sup> BALMES, Jaume: «El catalán montañés», en *Obras completas*, Barcelona, Biblioteca Balmes, 1925, XIII, pp. 20-24 y 30-31.

<sup>52</sup> El P. Miquel Batllori SJ (BATLLORI, Miquel: *Balmes i Casanovas*, Barcelona, Balmes, 1959, p. 126) y el P. Saranyana (SARANYANA, Josep-Ignasi: «Jaime Balmes (1810-1848)...», *op. cit.*, pp. 142-143) conjeturan que Balmes sería un pensador liberal, mientras que Jaume Vicens Vives considera a Balmes el representante del equilibrio moderado y reformista del catalán medio, *assenyat* (VICENS VIVES, Jaume y LLORENS, Montserrat: *Industrials i politics...*, *op. cit.*, pp. 264-266). Por su lado, José Andrés-Gallego presenta la hipótesis de un Balmes que habría participado en la transformación contrarrevolucionaria (ANDRÉS-GALLEGO, José: «Ventura, Donoso, Balmes», *Hispania Sacra*, XLII (1990), p. 496).

La importancia, fuerza e impacto del proyecto catalán para España sólo ha podido ser esbozado en el presente estudio. Queda muchísimo material por analizar, más allá del pequeño ejemplo del discurso histórico nacional que la intelectualidad catalana romántica y *renaixentista* forjó del ser de España. La solidez del liderazgo catalán de la nación española durante el régimen isabelino tuvo indudables momentos de exaltación extrema, en los que participó más que activamente en la nacionalización y representación del ser de España en la historia y en el presente. La Guerra de la Independencia fue uno de los hechos históricos predilectos a representar, al igual que la Guerra de África lo fue para el presente decimonónico. Durante los decenios centrales del Ochocientos, Cataluña devino un centro productor privilegiado de españolismo. Desde Jaume Balmes hasta Víctor Gebhardt, pasando por Pau Piferrer, Joan Cortada, Ferran Patxot o Víctor Balaguer, el romanticismo catalán y la *Renaixença* supusieron el mayor proyecto nacional y nacionalizador español que conoció hasta entonces España. Se estaba (re)creando a España, (re)centrando a su ser y (re)construyendo su historia. La influencia del proyecto nacional español dejó una profunda huella en España: en cuanto a la historia, supo basar la nacionalización de España en una representación nacional de la Guerra de la Independencia que ofrecía los mejores ingredientes. Ya no se trataba de que viejos liberales como el Conde de Toreno y todos sus imitadores posteriores reprodujeran cierto discurso histórico; el levantamiento de 1808 se convertía en el más alto ejemplo de españolidad en el que la unidad nacional se materializaba. En la historia reciente, la intelectualidad catalana construía su visión de la España presente y futura.

Pero el romanticismo, ecléctico y moderado, de aquella élite catalana no tenía suficiente. No le bastaba ni el comercio, ni la navegación, ni la industria, ni la propia historia de España: quería algo más y por ello desde aquella sociedad de contraste entre el montañés y el ciudadano se lanzó la sistematización de todo el movimiento católico español, en lo que se ha denominado *neocatolicismo* y que la historiografía anglosajona ha teorizado como *New Catholicism*<sup>53</sup>. El genio balmesiano fue su mayor aportación para la restauración católica de la nación, la voz más penetrante, persistente i permanente en la acción y el pensamiento católicos del Ochocientos español. La restauración balmesiana basada en la unidad, la síntesis y la conciliación no se podía desvincular del proyecto nacional español que animaba a Cataluña toda en su conquista y liderazgo de la España isabelina.

<sup>53</sup> Véase CLARK, Christopher: «The New Catholicism and the European culture wars», en C. Clark y W. Kaiser (eds.), *Culture Wars: Secular-Catholic Conflict in Nineteenth-Century Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, pp. 11-46; y VILALLONGA, Borja: «La nación católica: Balmes y la representación de España en el Ochocientos», *Historia social*, 72 (2012).

El proyecto nacional español catalán descrito en este estudio fue uno de los dos que existió en el siglo XIX. A un lado queda el que se desarrolló durante la Restauración alfonsina y que era una evolución del que se ha presentado aquí. Enric Ucelay-Da Cal es quien mejor conoce aquel proyecto de *neoimperio tradicional*<sup>54</sup>. Hasta el *Desastre* de 1898 fue otro tipo de competición por liderar España y ser su centro esencial. Luego devino *otra cosa y otra nación*. Pero esta ya es *otra historia*, e incluso otro siglo. Sea como fuera, Cataluña y sus élites forjaron una parte muy sustancial de la idea de España en el siglo XIX, hasta el punto de ser un centro productor del nacionalismo español decimonónico y un bastión avanzado de la nacionalización de España cuyos efectos fueron determinantes para concebir la identidad española que surgió de la representación de la nación en el Ochocientos.

<sup>54</sup> Véase UCELAY-DA CAL, Enric: *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó, D'Ors y la conquista moral de España*, Barcelona, Edhasa, 2003.